

escritores por intentar rescatar algo del mundo que observan horrorizados pero correctos, desde las ventanas sin vidrios del edificio. Una lucha vana, pues la trascendencia de los libros y los escritos que se conservan y atesoran ya no tiene utilidad alguna en ese nuevo mundo, que desgarrado, se acerca y amenaza. De alguna manera, el nuevo lenguaje de la ciudad es un no-lenguaje, una abolición de las leyes a través de la abolición del habla como instrumento estructurado. La Ley, como hija primigenia del Lenguaje, ya no existe y es reemplazada por *un signo blanco* -para tomar prestadas palabras de Leopoldo María Panero- o símbolo vacío. “El pensamiento que emana, más bien que se deduce, de ese símbolo vacío, es un pensamiento sin ley, sin amarras, en el que el encadenamiento lógico es una mera apariencia, un disfraz” (1999), escribe el poeta en *Sade o la imposibilidad*. Al abolir el lenguaje, la realidad misma cae hecha pedazos.

Anna llega a la Biblioteca, a este último bastión de la civilización agonizante, luego de haber recorrido las calles como *cartonera*, refugiándose en la contemplación de los pequeños tesoros que le brinda la ciudad enferma. “Un telescopio plegable con una lente rota, una máscara de Frankenstein de goma, una rueda de bicicleta, una máquina de escribir cirílica a la que sólo le faltaban cinco letras y la barra espaciadora, el pasaporte de un hombre llamado Quinn. Estos tesoros me compensaban por los días malos”, escribe Auster, haciendo un sutil guiño al improvisado detective de *La ciudad de cristal*. Este juego de ficciones cruzadas respalda la situación increíble de la realidad que se desmorona. Quinn había terminado en su propia novela como un sujeto despojado de identidad, y cuya búsqueda había terminado por extraviarlo en forma definitiva de una vida de la que él mismo se había marginado, imposibilitado de lidiar con el dolor de la pérdida. ¿Dónde sino en el país de las últimas cosas podría haber terminado Quinn luego de abandonar Nueva York, de despojarse de su nombre y finalmente de su pasaporte?

El proceso que vive Anna desde la llegada a esta ciudad salvaje y en ruinas es similar al que todos los personajes de Auster describen: la aniquilación del yo. Lo que empieza en búsqueda con un objetivo (en este caso,

encontrar al hermano desaparecido) termina convirtiéndose en búsqueda como fin en sí misma. Anna y la ciudad son contrapartes de un mismo proceso degenerativo. La ciudad se abandona a su destino de ruinas y silencio y Anna lo acepta todo, como personaje de tragedia griega, buscando perderse entre los muros derruidos y las rejas herrumbrosas, siguiendo los caminos de un sino errático del que finalmente no queda nada más que un legajo sucio y escrito con lápices grafito, un montón de recuerdos de un sitio que ni siquiera existe en la memoria de sus habitantes.

Auster, desde la apocalíptica visión de una ciudad que deja de existir, consigue situarnos en medio del horror al vacío. Una ciudad donde los aviones se estrellan contra los edificios, donde los umbrales vacíos de las casas parecen espectrales bocas de lobo, donde los hombres corren por las calles hasta caer muertos por el esfuerzo, una ciudad que de alguna manera es reflejo de las ciudades que conocemos, una ciudad que como significado último subyace en las calles de nuestras ciudades, siempre al filo del derrumbe y la eclosión social contenida por las máquinas del poder. “Siempre habrá París para nosotros”, dijo Ingrid Bergman en Casablanca, y mirando los noticieros de la televisión, luego de haber leído a Auster, no puedo dejar de recordarla y sentir un escalofrío en la espalda.

Referencias bibliográficas

- Auster, P. (1987). *Viking*. Barcelona: Anagrama.
- Auster, P. (1987). *La trilogía de Nueva York*. Barcelona: Anagrama.
- Carpentier, A. (1953). *Los pasos perdidos*. México: EDIAPSA.
- Borges, J.L. (1968). *Nueva Antología Personal*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Panero, L.M. (1999). “Sade o la imposibilidad”. En *Cuentos, historietas y fábulas: Marqués de Sade*. Madrid: EDIMAT.